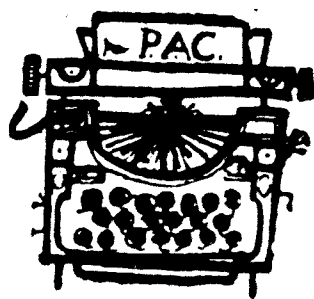


escrito a máquina

Quién volvió sandinista a ELEUTERIO REAL?



Cuando la intervención americana y en los primeros tiempos de la rebelión de Sandino, el Teniente Starson o Livingston o equis, jefe de las fuerzas acantonadas en Matagalpa ordenó publicar un bando a tambor batiente: Todos los campesinos indios que entraban a la ciudad debían dejar sus machetes y sus alforjas en el Comando.

Starson hablaba de disciplina. De educar al indio.

El indio: un mal camino de fango que había que apisonar, enderezar y cubrir de macadán para que sirviera al progreso.

Y los campesinos pasaban por el Cuartel, saludaban quitándose el sombrero, dejaban su machete y su alforja y recibían un cartón con un número.

Eleuterio Real llegaba todas las semanas. Siempre llegaba con una buena carga al mercado. Era muy trabajador.

—¡Eih! ¡Tú!

El indio no sabe de tú, o no oyó.

Starson bajó de un salto. Le dio una bofetada.

—¿Hablo o no hablo?

Que Eleuterio Real era vaqueano de Paigua ("No lo es cierto", dijo el indio). Que los llevaría. Que tenía que guiar a la patrulla porque él conocía las trochas inverneras. ("No lo es cierto"). Pero fue. Obligado fue y se extravió y Starson dijo que era traición, que estaba vendido a los sandinistas y lo amarró a un árbol en la noche y le dijo —"O recuerda el camino o al amanecer..."— y le enseñó el revolver. Pero al filo de la medianoche los guardias o los brujos lo desamarraron y Eleuterio Real se fue, se perdió, se hizo humo.

Starson tardó tres días en salir de la montaña pero antes de volver a Matagalpa pasó por la cañada, por el rancho de Eleuterio.

—No. No es de regreso, dijo la mujer.

—No. No señor. Ya contamos días de no verlo.

Y registró el ranchito pateando los perros flacos que le ladraban. No estaba Eleuterio Real. Entonces quemó la casa. Se alzaron los gritos en la tarde. Corrían las mujeres a salvar sus cosas, sus hijos, el saquito de sal, la carguita de maíz, la yuquita, la criaturita. La abuela cayó en los tizones y casi se arde. A los gritos y las llamas aparecieron los hombres. Los dos muchachos de Eleuterio y el yerno salieron del chagüite donde se escondían.

Venían con los machetes. Starson ordenó la descarga. Cayeron y él los remató. Uno a uno.

A los pocos días se cortó la comunicación telefónica con Managua. Starson ordenó a Brown y a Wiley, dos marinos del Cuerpo de Comunicaciones y a un raso nicaragüense, ir a reparar la línea. En los inviernos de nuestro país nunca falta la conocida frase del telefonista: "cayó la línea". En tiempos revolucionarios a la caída de la línea se reconcentraban las fuerzas militares en los cuarteles. Podía ser el preparativo de un asalto. Brown y Wiley fueron avanzando y comunicando:

—Aló, aló. Correcto. Correcto.

Sus voces se fueron alejando por el hilo. El daño era lejano.

Tres días después Starson estaba intranquilo y lleno de cólera. Las patrullas peinaban la región y no encontraban ni rastros de los telefonistas. Starson se paseaba por la oficina atento al teléfono. De pronto arrugó la cara:

—¡Podridos! —gritó— ¡cerdos! ¿cuándo tendrán higiene?

Y recorrió los rincones siguiendo su olfato e insultando al oficial del día.

De la esquina del corredor donde los indios dejaban sus alforjas se levantó una mancha negra y zumbante de moscas.

—¡Indios asquerosos! —Y ordenó a un raso que revisara las alforjas. De una de ellas, entre hojas de plátano, se levantó un olor pestilente. El raso se amarró un pañuelo a la nariz y las vació en el suelo. Cayeron dos envoltorios. Las cabezas ensangrentadas de Brown y Wiley.

Todos pensaron en Eleuterio Real. Pero guardaron silencio. (En Eleuterio Real que iba a ser uno de los más peligrosos y eficaces agentes y espías de Sandino).

Siempre pienso en Eleuterio Real cuando veo que se quiere civilizar con la barbarie, hacer justicia con la injusticia, montar el orden sobre la crueldad y la violencia.

Esta semana he tenido de sobra motivos para pensar en Eleuterio Real. Esta semana que se abrió con una mujer y un hombre baleados por la propia Policía, y que se cerró con el jurado y condena de unos jóvenes de veinte años del Frente Sandinista.

PABLO ANTONIO CUADRA